

## Al historiador y amigo Enrique Tandeter



La Historiografía boliviana ha perdido a uno de sus más fieles servidores dentro del gremio de los que conocemos como 'bolivianistas'. Cuando uno ha estado unido con él por tres décadas de amistad, lo menos que puede hacer es poner por escrito sus propios recuerdos y, con ellos, el del amigo desaparecido.

Se puede decir que todo empezó cuando en 1973 publiqué mi tesis doctoral sobre los comienzos coloniales de Charcas: aunque no recuerdo con precisión los detalles, Tandeter, a quien no conocía en absoluto y que se encontraba en París preparando la suya sobre el mercado potosino, me sorprendió con un extenso comentario, aparecido en diversos lugares y lenguas: primero en catalán en la revista *Recerques* (Barcelona); después, en español, en las revistas *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), *Historia y Cultura* (La Paz) y *Avances* (La Paz). Sólo por esa reseña ya debería guardar perenne agradecimiento a Tandeter: como le era habitual, demostró en ella una muy peculiar capacidad de análisis y de comprensión de lo que andaba en juego; claro está, servido todo en su firme creencia marxista de entonces; marxismo amplio, acaso de fuente y estilo pierrevillarista, más o menos aparentemente autocrítico, pero marxismo a fin de cuentas.

Después, al filo de sus frecuentes venidas al país, nos conocimos y charlamos reiteradamente sobre temas y gentes de interés mutuo, manteniendo una relación epistolar de colegas; su vida fue siguiendo los abruptos senderos de su país, con interminables exilios. Cuando él o yo necesitábamos algo del otro, nos escribíamos alguna carta, generalmente escueta, sin mayores digresiones expansivas; en 1993, pasando unos días en Buenos Aires, me invitó a dar una charla a sus alumnos de la Universidad. Así, hasta que, desde 1999 hasta 2001, repentinamente el vaivén epistolar cobró intensidad: eran los años de elaboración del *Diccionario Histórico de Bolivia*, para el que no sólo aportó varios artículos de importancia, sino que siempre estuvo dispuesto a entablar relaciones previas con posibles colaboradores. Mi última pieza es de febrero y la suya, de junio de 2002. Después, otra vez el silencio, hasta su desaparición.

He hecho mención de los exilios de Enrique Tandeter, y esto hace casi obligatoria una conexión con el tema de su identidad judía, con un ancestro paterno inmediato polaco; y preguntarnos a qué enredos se ve sometida la identidad íntima de los judíos nacidos e incorporados en cualquiera de los países latinoamericanos; y en qué se apoya la identidad 'nacional' judaica de quienes, ellos mismos o ya desde algunas generaciones anteriores, han echado por la borda la dimensión religiosa de su argamasa étnica; la pregunta goza de una pertinencia sin par porque, en el caso judío, lo religioso ha sido históricamente fundante de la identidad colectiva, por lo que, si a ésta se la vacía de su núcleo teológico, nunca está más justificada la pregunta: ¿qué queda? Por supuesto, casi nunca tocamos el tema, lo que constituye uno de los absurdos más absurdos de nuestra vida social presente (ese respeto por ciertos temas tabú que alguien ha decretado de 'mal gusto'). Pero cuando en los años noventa nos vimos poco tiempo después de que alguien llevara a cabo un atentado contra el centro social judío bonaerense, con una abundante cosecha de muerte, no pudo dejar de profesar su adhesión, no sólo a las víctimas, sino al grupo atacado. Y lo significativo fue que, para mostrarla, no apeló a cosas tan abstractas como el 'derecho' o la 'democracia', sino a su relación con la etnia odiada. Dejemos el tema aquí.

Medida con ciertos raseros convencionales, se podría

decir que la 'carrera' de historiador de Tandeter, aun incluyendo la cuota pagada por los males de su tribu, fue dichosa. Caracterizada por una envidiable trama de relaciones profesionales en la que uno adivinaba confluían tres tipos de cohesiones y factores (la étnica hebrea, la ideológica marxista y la personal biográfica), cuando en 1983 cayó la serie de gobiernos militares, pudo escalar rápidamente posiciones académicas en su Universidad de Buenos Aires, hasta llegar a dirigir el Programa de Historia de América; por otro lado, fue invitado a enseñar en diversas universidades de Estados Unidos y Gran Bretaña. Y este ascenso consagratorio pareció alcanzar una de sus cimas cuando en 2001 fue nombrado director del Archivo General de la Nación (que, para sorpresa de muchos, en el país vecino depende nada menos que del Ministerio del Interior); pero sólo 'parecía', porque la ya reconstruida tradicional politización del cargo hizo breve su paso por él, del que fue 'cesado' de forma poco civilizada. En la última carta recibida de él me expresaba toda la frustración que esto le había causado; frustración agravada probablemente por una inmediata y grave intervención quirúrgica. Aunque no dispongo de ningún detalle, probablemente desde entonces quedó ya con un pesado perdigón en el ala.

Su dedicación historiográfica a Bolivia databa, como ya he anotado, desde la preparación de su tesis doctoral bajo la guía de Ruggiero Romano, en la paraisina Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. La presentó y aprobó en 1980, pero las autoexigencias de su honestidad intelectual (puesta, además, duramente a prueba por la crisis que, desde una fecha indeterminable pero acelerada por aquellos años 80, venía sufriendo el paradigma marxista), las presiones editoriales de simplificación y las circunstancias de su vida académica se confabularon para que no apareciera impresa hasta 1992 bajo el título de *Coacción y mercado*. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826 (en una doble edición argentina y peruana, a las que más tarde se vendría a añadir otra española; esto, sin contar las dos traducciones inglesa y francesa); y sobre lo que entonces dio a conocer en comparación con su tesis de 1980 me permití expresar que "apenas si permaneció nada de aquellas tomas de posición, explícitas unas, subterráneas otras; lo que ha quedado es lo que muchos calificarían de relato de los hechos documentados"; y de esa versión pública destacaba la feliz alianza practicada entre lo económico y lo social; la rara nitidez con que permitía 'tocar' los conflictos de la ley y la realidad; y la técnica del mosaico de orfebre con que construía cada retablo.

Si ahora echáramos una mirada de conjunto a la obra boliviana que nos ha dejado, creo que podríamos afirmar que toda ella gira en torno a su voluntad de apoyar en una densa documentación de archivo el análisis de los mecanismos por los que la vida económica potosina del último siglo colonial trataba de sobrevivir. Y pienso que para el siglo XVIII su aporte destaca visiblemente por la amplitud de su horizonte visual, por la profundidad de su sondeo archivístico, por el trabajo de comprensión socioeconómica (menor cuando se trata de lo que el marxismo llamaba las 'superestructuras'). Y si de hablar de su aporte a los estudios bolivianos se trata, tampoco podríamos silenciar ni el impulso dado entre sus alumnos a la elaboración de trabajos de licenciatura o de doctorado centrados en aspectos charqueños, ni la presencia dada a los temas coloniales bolivianos en algunas de las más prestigiosas revistas del americanismo: *Past & Presente* (Gran Bretaña), *Hispanic American Historical Review* (EE. UU.), *Annales*

(Francia), *Nova Americana* (Italia), *Boletín de Historia Argentina y Americana* 'Dr. E. Ravignani' (Argentina), etc.).

Ahora Bolivia acaba de perder este verdadero amigo, pues lo era de hechos y no de palabras. Y el tema de su muerte, ya de suyo triste, se me presenta asociado a consideraciones todavía más ampliamente desalentadoras, porque ponen de manifiesto alguna de las anomalías de nuestra actual vida historiográfica. Para mostrarlo me basta con relatar la anécdota personal. Hace medio mes me llegó una revista sevillana y en ella pude ver un artículo, que el autor encabezaba con esta lúcida frase: 'a la memoria de E. Tandeter...'; como sólo cabía interpretarla en clave necrológica, pedí a un amigo argentino que me confirmara la noticia. Así pude saber de la muerte de Tandeter. ¿No parece todo demasiado complicado? ¿Por qué, aquí, nadie había difundido la noticia o, en caso de que lo hubiera hecho, la noticia no se difundió entre muchos de los interesados? Esto, no sólo es desalentador, sino grave, pues viene a poner, una vez más, a la vista la situación lastimosa a que por estas latitudes ha ido a parar la vida gremial histórica: desde hace aproximadamente una década: algo se ha roto en el organismo de la Historiografía boliviana. Y hasta donde puedo apreciarlo, el mal queda doblado por nuestra aparente inconciencia: algo así como cuando Bizancio ardía por los cuatro costados y nadie, no sólo no se daba por aludido, sino que seguía discutiendo sobre el sexo de los ángeles. Pero si fuéramos capaces de sacar las consecuencias, ¿no quedaríamos obligados a agradecer a Tandeter esta su última contribución (aunque póstuma, perfectamente en línea con su personal 'combate por la historia' en vida) al logro de unas mejores condiciones de existencia para la Historiografía de este país?

Posdata (5 de febrero)

Ayer, viernes 4 de febrero, en mis derivas televisivas nocturnas fui a dar en un conocido programa de "Historia de América" que emite periódicamente el canal (4) de Argentina y por el que suelen asomar algunos historiadores latinoamericanos escogidos; el tema del capítulo esta vez era el duro trabajo de los indios en las minas coloniales; y cuál no sería mi sorpresa cuando, de repente, apareció la figura de Tandeter. Pero ¡qué dolorosa sorpresa! Tuve ante mí un hombre enormemente envejecido, que había perdido todo su cabello (prueba escueta, pero elocuente, de una quimioterapia oncológica), con lo que sus rasgos faciales quedaban casi grotescamente destacados, especialmente la nariz. Hablaba sin problemas, con el tono y ritmo que nos eran familiares a sus amigos, acaso con una lentitud levemente más acentuada. Fueron apenas tres o cuatro minutos. Para mí fue como su despedida personal, ya que no lo había podido hacer por escrito. Y con ello se me había desvelado el enigma de su muerte.

Josep M. Barnadas. Notable historiador y crítico.  
Autor del *Diccionario Histórico de Bolivia*.